

D'Ors contra Picasso

A lo largo de varias décadas y a través de tres breves ensayos, el escritor catalán trazó un retrato del pintor malagueño en el que empieza calificándolo de clásico genial y termina por considerarlo como una caricatura de sí mismo. La triple semblanza, recuperada ahora, constituye un brillante y apasionado ejercicio de crítica de arte.

PABLO PICASSO EN TRES REVISIONES

Eugenio d'Ors
El Acantilado. Barcelona, 2001
128 páginas. 1.400 pesetas

ANATXU ZABALBEASCOA

Eugenio d'Ors conoció a Pablo Picasso cuando ambos eran adolescentes y compartían mesa, tertulia y cervezas en el café Els Quatre Gats de Barcelona. Años más tarde, en 1930 y en París, prepararon juntos el primer texto que recoge este libro —ilustrado con dibujos del pintor—, en el que el crítico desarrolló un discurso incisivo y sin embargo laudatorio que criticaba la clasificación por épocas que se hacía de la obra de Picasso (rosa, azul, cubista) y la costumbre de acompañar con una nacionalidad, a modo de apellido, la reputación del pintor (artista español o malagueño), como si el arte fuera una cuestión de procedencias y no algo tan simple como ser o no ser.

Las etiquetas le gustaban poco a D'Ors y por eso le fastidiaba que a Picasso le llamaran pintor de moda, o de vanguardia, o revolucionario. Él veía en el malagueño a un genio, pero quería verlo tranquilo y sereno como a un clásico. El clasicismo (alejado de la idea de belleza moderna inventada por Baudelaire, cuyo prestigio se basaba en la falta de precedentes —"lo huérfano", decía, "trae consigo lo estéril. Sin referencias al pasado nada puede tener esperanza de futuro"—) contenía para Eugenio d'Ors la verdad del arte. Y Picasso, con su clasicismo inicial, había demostrado su rebeldía hacia los impresionistas que reinaban durante su juventud.

Para convertirse en su mejor valedor, D'Ors escribe como su más despiadado crítico. Así, el primer escrito recoge la



'Autorretrato' (1901), de Pablo Picasso. Museo Picasso, París.

VEGAP

crítica que circulaba por entonces de que el triunfo de Picasso se basaba en el doble registro al que se prestaba el artista, que era a un tiempo un mago del pincel y un innovador, capaz de "dar el tono de la corrección más perfecta y de utilizar las ventajas de la sorpresa y la estupefacción". D'Ors cierra ese escrito augurando la futura genialidad de Picasso cuando "la perfección no le dé ya miedo y pueda hacer obras maestras como las que son patrimonio de los museos".

Transcurrido un lustro, sin embargo, en un nuevo texto (el segundo que incluye el li-

bro), el pintor y el crítico se han distanciado y éste le recrimina que frecuente malas compañías y que se encuentre todavía en el camino de pintar una obra maestra. Los detalles inacabados que antes le parecían audaces velas al diablo ("a la manera de Dante, es bueno que el hombre genial, alrededor de la mitad del camino, baje a los infiernos") se le antojan ahora superfluos e inexplicables: Cuando el propio Picasso, en un artículo, se llama a sí mismo vanguardista, moderno y revolucionario, D'Ors lo acusa de querer parecerse a su propia caricatura y concluye que hasta el aspecto

físico del pintor está desmereciendo y vulgarizándose, "perdiendo la calidad monumental que poseía y adquiriendo una apariencia más leve, gitana y conforme con las exigencias del lugar común".

En firme progresión hacia el desencanto, el último texto de D'Ors que recoge este volumen acusa recibo de desamor, desilusión y desencanto y así, donde el crítico viera fuerza en la desobediencia, rebeldía e ideas, pasa a ver capricho, dejadez y camino seguro hacia la miseria. En este último escrito, el crítico regaña "a quien ya no será genio" por haber perdido la oportunidad de serlo.

Los argumentos detrás de una y otra opinión —el pintor genial o el artista perdido— son, curiosamente, muy parecidos. Unas veces D'Ors se muestra a favor de ellos y otras en contra. Y es que, en realidad, el retrato que Eugenio d'Ors pinta de Pablo Picasso no deja de ser un autorretrato, un carboncillo de la personalidad, valores, desilusiones, obsesiones y derrotas del propio escritor. En el libro que ahora reedita *El Acantilado* se dan cita así todos los críticos posibles: el afín, el didáctico, el racionalista, el generoso, el apasionado, el envidioso y hasta el rencoroso. Al leerlos a todos juntos, uno se queda con la sensación de que el tiempo ha probado ya que Picasso era todo lo que criticaba y alababa D'Ors. Clásico y moderno, rompedor y conservador, racionalista e impulsivo, sensual y frío. Pero lo que el tiempo también prueba es que las opiniones razonadas no caen en saco roto y así, este retrato de Pablo Picasso, aunque se lea hoy como la crónica de un desamor, no deja de ser un brillante ejercicio de crítica en el que aprender a argüir, ilustrar, comparar, razonar y hasta a patear con argumentos.